

GACETA MÉDICA

DE

MÉXICO.



TOMO CUARTO.

Año de 1869.



MEXICO.

IMPRESA DE JOSE MARIANO FERNANDEZ DE LARA,

CALLE DE LA PALMA NUM. 4.

1869.

**Propiedad de la
Academia N. de Medicina
de México**

GACETA MÉDICA

DE MÉXICO.

PERIÓDICO DE LA SOCIEDAD DE MEDICINA.

Se reciben suscripciones en México, en la casa del Sr. D. Luis Hidalgo Carpio, calle primera de San Ramon número 4, y en el despacho de la imprenta donde se publica esta Gaceta.

En los Departamentos, en la casa de los Sres. corresponsales de la "Gaceta Médica."

La suscripción es de 25 centavos por entrega y el pago se hará al recibirla el suscriptor.

SUMARIO.

Nemoria leída el día 26 de Agosto de 1868 en defensa de lo que se ha llamado vacuna animal, por el Sr. D. Manuel Carmona y Valle.—Juicio crítico sobre el tratamiento del erup por las inhalaciones de los vapores húmedos de sulfuro de mercurio, por el Sr. D. Luis Hidalgo Carpio.

PROFILAXIA.

Nemoria leída en la Academia de Medicina de México en la sesión del día 26 de Agosto de 1868, en defensa de lo que se ha llamado vacuna animal.

[CONCLUYE.]

De todo lo dicho se infiere, que si en México no se citan casos numerosos de sífilis vacunal, depende en gran parte de la organización de la administración de la vacuna, de la naturaleza de las ideas que hasta hoy habían reinado sobre esta materia, de la indolencia de nuestra gente del pueblo, y por último, de la dificultad que hay para que estos infelices nos den un conmemorativo exacto de sus males. Se ve también, que á pesar de estos inconvenientes no faltan casos, bien detallados algunos y muy probables los otros, para que en vista de ellos no podamos participar de la creencia que tienen los Sres. Rodríguez y Domínguez, de que la vacuna haya sido siempre inocente entre nosotros.

A pesar de la repugnancia que tienen estos señores para ocuparse de los hechos que se han observado en el extranjero, citan un buen número de ellos, hablan de los observados por el Sr. Jiménez (D. Miguel) y por el Sr. Montaña, y dicen en seguida: "No cargaremos mas este platillo de la balanza: basta el peso de alguno de esos nombres asentados, para que necesitemos de mucho, antes de equilibrar el fiel." Temen, pues, mis apreciables compañeros, no poder establecer el equilibrio si cargaran el platillo con todo el peso que debe tener? Pues sin embargo, esta es la conducta que deben seguir para obrar con justi-

ficacion. No deben cargar el platillo á medias, sino por el contrario, deben pesar todos los hechos, todas las opiniones, sin olvidar una sola: obrar de otra manera, equivale á tanto como á inclinar la balanza hácia el lado que se desea y no hácia donde la lleva la solidez de los hechos. Pesen no solamente los casos citados por Mr. Depaul y la opinion *del grave y severo Valleix*; tengan tambien en cuenta los hechos de Mosley en el año de 1800, los de Albert (de Burn), los de Uchs (de Gottingen), los de Marone, los de Marcolini, los de Viani, los de White-head, los de Galligo, los de Rodet, etc. Aprecien no solamente la opinion *del grave y severo Valleix*, sino tambien la de los Sres. Devergie, Herard, Chassaignan, Moraix, Auzias-Turenne, Sebastian, Laroyenne, Laugier, Rollet, Broca, Langlebert, y aun la de Mr. Ricord y la de otros muchos sifilógrafos que no dudan en admitir la transmision de la sífilis con la vacuna, no olvidándose que el Sr. Lucio se ha declarado en la última sesion partidario de la misma idea. Solamente así podrá apreciarse convenientemente si los hechos y opiniones en contra pueden equilibrar á los hechos y opiniones aducidas en favor de la sífilis vacunal.

Pasan despues los Sres. Rodriguez y Dominguez á examinar los hechos y opiniones contrarios á la sífilis vacunal, y dicen: que Mr. Montain ha visto treinta niños vacunados en virus tomado de un vacunífero sifilítico, sin que en ellos apareciera otra cosa que la vacuna.

Refieren tambien que los Sres. Reyes (D. José María) y Navarro (D. Juan), vacunaron impunemente diez niños con pus tomado de un individuo sifilítico, el cual estaba en viade curacion.

Dicen ademas, que uno de los dos vacunó en grande escala en San Juan del Rio, y varias veces usando de virus tomado en persona sifilítica, sin haber observado nunca la sífilis constitucional.

Hablan de las experiencias de Sigmund en 1842, el cual demostró, que mezclando virus sifilítico con el vacuno, el primero destruye las propiedades del segundo.

Dicen por último, que los Sres. Lucio, Hidalgo Carpio, Andrade, Jimenez (D. Lau), Iglesias y el que lleva la palabra, no han podido citar ni un solo hecho propio de sífilis acunual.

Si desprecupadamente examinamos estos hechos, será preciso convenir en que ninguno de ellos, ni todos juntos, son suficientes para destruir la posibilidad de la sífilis vacunal.

El caso que se refiere á los Sres. Reyes y Navarro debe eliminarse del todo, porque estando el individuo sifilítico en via de curacion, nada extraño es, que el virus sifilítico estuviera ya destruido ó modificado por los agentes terapéuticos, en cuyo caso no habria ya razon para que la sífilis se transmitiera.

En el caso de Mr. Montain, no se dice en qué período se encontraba el individuo sifilítico, ni si este estaba en via de tratamiento. Si sucedia esto último, no habia razon para que se transmitiera la sífilis, segun lo hemos dicho antes. Si el vacunífero tenia accidentes terciarios, tampoco habria motivo para que hubiera habido infeccion sifilítica, porque está demostrado que los accidentes secundarios son contagiosos, pero no los terciarios: luego si no son transmisibles los accidentes terciarios mismos, ¿por qué habria de transmitirse la sífilis por intermedio? No tiene, pues, valor el caso de Mr. Montain, por no referirse en él circunstancias que como se ve tienen mucho valor.

Las vacunaciones hechas en San Juan del Rio adolecen de los mismos defectos que he-

mos señalado en las vacunaciones hechas en México. Dígasenos el estado que guardaban los vacuníferos; la clase de accidentes que tenían; si estaban ó no en vía de tratamiento. Dígasenos el número de vacunados con el virus tomado de los sífilíticos; hállese de si estaban ó no libres de un contagio anterior; y espresese por último el tiempo que estuvieron sometidos á una observación rigurosa. Cuando se nos den todos estos datos, entonces consideraremos el hecho con la importancia que le dan sus autores: mientras esto no sea, permítasenos dudar de su valor.

Las experiencias de Sigmund, si tienen un valor real y me veria muy atrojado para contestarlas, si los numerosos hechos de sífilis vacunal no vinieran á destruirlas; y sobre todo si los mismos Sres. Rodriguez y Dominguez no las hubieran venido á echar por tierra, cuando desarrollando su teoria para explicar los casos de sífilis vacunal dicen: que el virus vacuno, mezclado con la serosidad de la sangre sífilítica, favorece por *catalisis* la absorcion del virus sífilítico. Luego los Sres. Rodriguez y Dominguez no admiten que el virus sífilítico sea capaz de destruir al vacuno, y por consiguiente tampoco admiten el resultado de las experiencias de Sigmund. O si admiten estas experiencias, será necesario convenir en que la teoria que desarrollan mas tarde no tiene ningun valor.

Respecto del último punto, yo pregunto: ¿qué se puede inferir contra la sífilis vacunal de la circunstancia de que los Sres. Lucio, Hidalgo Carpio, Andrade, Jimenez (D. Lauro), Iglesias y el que habla no hayamos citado ningun hecho propio? ¿Pues qué para que un hecho sea cierto es necesario que lo hayan comprobado todos los médicos? ¿No podrá suceder que, ó porque no hayan fijado la atención, ó porque la casualidad haya hecho que no les toque un caso semejante, ó porque no los hayan interpretado convenientemente por las ideas reinantes, no podrá suceder, repito, que muchos médicos dejen de citar hechos propios, sin que por esto sea menos cierta su existencia?

Señores: estas son las razones que mis apreciables compañeros oponen á los numerosos y terminantes casos de sífilis vacunal. Pesad bien el valor que tienen, y admiraos despues de que con semejantes hechos se trate de hacer equilibrio al platillo opuesto, aun cuando deliberadamente no se haya querido cargar con todo el peso que debia tener.

Pasan en seguida los Sres. Rodriguez y Dominguez á estudiar la cuestion de una manera científica. Con la franqueza que me caracteriza debo decir, que encuentro en esta parte tal confusion de ideas, que no es fácil averiguar la verdadera conviccion de mis compañeros. Empezan á demostrar, con grande empeño, la analogía de composicion que hay entre el virus vacuno y la serosidad de la sangre, insistiendo despues mucho en que sin perder el virus su especificidad, puede contener algunos elementos anormales del suero, como sucede en los casos de ictericia. De aquí sacan por consecuencia, que cuando la sangre esté envenenada por un virus cualquiera, la linfa vacuna debe participar de ese mismo envenenamiento y adquirir las mismas propiedades. En el párrafo siguiente dicen lo que á la letra copio: "Pues bien, Señores, la pústula vacunal no debe guardar ó contener solamente un átomo de virus sífilítico, supuesto que la linfa que lo encierra es engendrada por la sangre, y una sangre envenenada *no tiene la facultad electiva para dar á medias sus elementos de alteracion*, sino que comunica á sus engendros esa semejanza de fisonomía y carácter que el padre transmite al hijo. Este es otro de los caracteres inequívocos de los virus.

“Y si esto es cierto ¿cómo á nadie repugna la poca frecuencia con que por fortuna se transmite la sífilis por la vacunación?”

Desde luego se nota en este pasaje, que los señores preopinantes admiten ya la posibilidad de la transmisión de la sífilis con la vacuna; hecho del que dudaban al principio, cuando han dicho que se inclinaban á creer que la vacuna ha sido siempre inocente entre nosotros.

Pero no comprendo el deseo que tienen los Sres. Rodríguez y Domínguez en demostrar que la linfa de la vacuna debe contener los diversos elementos del suero de la sangre y participar de sus propiedades virulentas. ¿Es con solo el objeto de hacer ver que aunque esta opinión tiene muchos visos de probabilidad, está en desacuerdo con la experiencia por la rareza de la sífilis vacunal? Pero ni la redacción lo dice así, como se puede convencer de ello todo el que lea esta parte de la memoria, ni la rareza de los casos de sífilis vacunal podría por sí sola destruir aquella opinión; pues lo único que se puede deducir lógicamente es, que ó no se han visto frecuentemente con atención los casos referidos, ó ha sido raro el vacunarse con el virus que viene de un individuo sífilítico, en las condiciones que se necesita, para que el resultado sea positivo.

O al espresarse como lo han hecho los Sres. Rodríguez y Domínguez, ¿será porque están realmente convencidos de que la linfa de la vacuna debe contener todos los elementos del suero de la sangre? Pero si esto es así, será preciso convenir en que mas tarde se contradicen de una manera manifiesta, al decir lo siguiente: “Cuando se toma con la lanceta la linfa pura, se toma, es verdad, serosidad de la sangre, pero es una serosidad que por un trabajo misterioso verificado en la economía se ha depurado de cierto principio morbígeno: se halla encerrado en las celdillas del grano, depósito multilocular del medio profiláctico, que debe considerarse aislado hasta cierto punto del sitio sobre que está implantado, aunque en vitalidad, esté ligado con la del resto de la organización modificada previamente te por el mismo.”

Otra cosa llama fuertemente la atención. En la primera parte de su memoria, los Sres. Rodríguez y Domínguez dan una grande importancia á la opinión, justamente respetable, del Sr. D. Miguel Muñoz, y apoyándose en su larga práctica y en su genio eminentemente observador, creen que la vacuna no ha degenerado, y les parece que defender el principio opuesto es ofender la memoria de tan respetable persona. ¿Cómo, pues, al tratarse de la sífilis vacunal no siguen tambien su opinión tan claramente manifestada en el párrafo que nos copian? ¿Cómo es que el Sr. Muñoz asegura que tomando el virus vacuno del centro, ó base del grano destrozado se puede inocular la sífilis y algunas otras enfermedades, mientras que los Sres. Rodríguez y Domínguez nos dicen que se inclinán á creer que la sífilis vacunal es desconocida entre nosotros? ¿Qué cuando escribió este párrafo el Sr. Muñoz, habria ya perdido su larga práctica y su genio observador?

Mas adelante nos dicen los Sres. Rodríguez y Domínguez, que aunque un solo hecho positivo no puede ser destruido por millares de negativos; y aunque creen que los casos referidos por el S. Jimenez (D. Miguel) fueron de verdadera sífilis inoculada con la vacuna, nunca admitirán que el virus vacuno haya sido el vehiculo; y que hallándose en la disyuntiva de ó desprestigiar el virus benéfico con que la Providencia nos ha enriquecido, ó de

admitir que los instrumentos ó la mano del operador fueron los conductores del virus sífilítico; no vacilan en admitir el segundo miembro de la disyuntiva. Adviertan primero los Sres. Rodríguez y Domínguez, que en ningún caso será responsable el virus vacuno de los males de que se le acusa, sino el hombre enfermo que le comunica tan fatales propiedades. Quizá por eso la Providencia nos regaló ese don, no en el hombre sino en la vaca. Error habrá sido tomar al hombre como manantial de lo que no le pertenece, y por eso nosotros tratamos de conservar el virus en donde tuvo su origen, para que así el hombre se aproveche solo de sus ventajas sin ninguno de los inconvenientes.

En el modo de raciocinar cometen una falta grave los Sres. Rodríguez y Domínguez. Dan como indestructible lo que se está discutiendo, y creyendo que es una herejía en medicina decir que con el virus vacuno puede existir el sífilítico, y encontrándose con hechos positivos que demuestran lo contrario, no vacilan en dar una explicacion, por improbable que sea, antes que confesar lo que tanta pena les dá.

En efecto, señores, ¿qué grado de probabilidad puede tener la explicacion que dan los señores preopinantes? ¿Es creible que la lanceta ó las manos del operador sean los conductores del virus? No es fácil comprender cómo las manos del operador podrían al vacunar inocular la sífilis. Seria preciso admitir que las manos estaban llenas de pus líquido, y al abrir la lanceta ensuciara su lámina, y ¿Pero esto cabe en lo posible? ¿habrá operadores tan poco cuidadosos? Podrá haber uno ú otro, pero ciertamente no tantos como el número de casos de sífilis vacunal.

Però se me dirá: habiendo servido la lanceta para otro objeto, y habiéndose impregnado de pus sífilítico, puede no haberse lavado ó haberse lavado mal, y así ser el vehículo de la sífilis. La cosa es así mas probable, aunque no pasa de una mera suposición: veámos si soporta el análisis. En los accidentes sífilíticos cuándo y cómo usamos la lanceta? Cuando le empapamos en virus infectante? Solamente cuando se quiere hacer una inoculacion, y esto es raro en México: pero aun suponiendo que esta práctica fuera mas frecuente, seria imperdonable servirse para vacunar de la misma lanceta de que se sirve para inocular la sífilis: el hecho es tan claro, que no cabe distraccion ú olvido en el médico que tal hiciera.

Supongamos lo mas probable y lo mas común: que se abriera un bubón con la lanceta y que se olvidara de limpiarla ó que se limpiara mal; ¿però entonces transmitiríamos la sífilis constitucional? ciertamente no, en la inmensa mayoría de casos; porque es sabido que el bubón supurado es casi siempre sintomático del chanero blando, y que su pus, aunque inoculable, no dá lugar á la infeccion general. En ese caso daríamos, pues, un chanero blando, pero no la sífilis vacunal. Si fuera frecuente dejar las lancetas sucias, veríamos con frecuencia chaneros blandos en los brazos despues de la vacuna ó despues de las sangrias. Esto no sucede; luego no es probable que los instrumentos sucios nos expliquen los casos de sífilis vacunal.

Però quiero suponer por un momento que efectivamente la lanceta va impregnada de virus, y de virus infectante. ¿Será creible que una lanceta así impregnada inoculara la sífilis no á uno y dos vacunados, sino como ha sucedido varias veces, á veinte, á treinta, á cincuenta, á cien individuos? El que haya practicado cualquiera clase de inoculaciones admitirá este hecho como posible.

En los dos casos de sífilis vacunal citados por el Sr. Dr. Miguel Jimenez, los niños no

fuéron vacunados el mismo día, sino en dos días consecutivos. Ahora bien: conociendo como se conoce la facilidad con que el aire altera los virus, ¿será creíble que la misma lanceta, previamente impregnada de virus sífilítico, y que sirvió el primer día para inocular vacuna y sífilis, se hubiera guardado de nuevo y los virus hubieran conservado todas sus propiedades para volver á ser inoculados al día siguiente? ¿Para que esto pasara así, sería necesario suponer que el Sr. Jimenez anduviera de bohordilla en bohordilla sin encontrar agua ni lienzos en que limpiar su lanceta; y además de esto, que el aire no alterara fácilmente los virus?

Atendiendo á todo lo dicho; ¿no os parece, señores, que se necesita dar tormento á la razón para explicar los numerosos hechos de sífilis vacunal por las manos y lanceta sucias del operador?

Se entienden despues ampliamente los Sres. Rodriguez y Dominguez, para demostrar cómo el médico puede ser el vehículo de ciertas enfermedades, y confundiendo las afecciones infecciosas con las virulentas, atribuyen á éstas lo que no les corresponde sino á aquellas. Esta confusion me dispensa contestar toda esa parte de su memoria.

Siguen los señores á quienes combato, examinando si la sangre será el vehículo de la sífilis, ya que, segun ellos, no puede serlo la linfa pura de la vacuna. Su primera inspiracion es, que la sangre no puede ser vehículo de la sífilis, y para demostrarlo examinan cuál de los elementos de la sangre será inoculable. No el suero, dicen, porque si el suero fuera inoculable, existiria el virus en la linfa vacuna, y creen haber demostrado que esto no es cierto. Pasan á examinar si los glóbulos y partes sólidas llevarán consigo el virus sífilítico, y se resuelven por la negativa, atendiendo á que estas partes no son absorbibles.

Me llama fuertemente la atencion, que despues de estas razones, digan un poco mas adelante lo siguiente: "... tal aserto (se refieren á la inoculacion de la sangre junta con el "virus vacuno) parece que está en contradiccion con los principios de siflografia aceptados hoy, pues parece que dudamos que la sangre sífilítica sea inoculable. Lejos de nosotros la presuncion de querer destruir con una plumada los trabajos modernos relativos á esta "materia."

Despues de decir que para ellos no es posible que ninguno de los elementos de la sangre sea inoculable, dan como prueba de su aserto los hechos siguientes: Muchas veces sucede que al herir la pústula por cualquiera motivo esta da sangre; tambien se ve, dicen, que inoculando frecuentemente esta linfa sangrienta no hay accidente sífilítico ninguno. Supongo que al hablar de inoculacion sin resultado con esta linfa sangrienta, se ha de tratar de linfa sífilítica, porque de lo contrario nada extraño seria que la inoculacion se hiciera impunemente. Pues bien, si como lo dicen los Sres. Rodriguez y Dominguez, muchas veces se ha inoculado esta mezcla de una manera impune, yo les suplico que nos detallen los casos y el número de inoculados, el estado de los vacuníferos, etc., porque esto servirá para el adelanto de la ciencia.

Pasan en seguida á esponer su teoria, con la que tratan de explicar cómo no siendo inoculable la sangre sífilítica en la inmensa mayoría de casos, y no siéndolo nunca la linfa vacuna pura, se ven de cuando en cuando casos de sífilis vacunal. Adviértase que en su nueva teoria no se trata ya de lanceta sucia. Admiten como cierto que en la sangre sífilítica el virus se encuentra en el suero de ella, y que si la linfa vacuna pura no lo contiene, es

porque al formarse la pústula, la serosidad se ha depurado del principio morbífico de una manera misteriosa, y encerrada en su depósito multilocular se encuentra hasta cierto punto implantada en la piel, sin estar ligada con el resto de la organizacion. Pero si al abrir el grano se dá sangre por cualquier motivo, la serosidad de ella se mezcla con la linfa vacuna pura, y de este modo se tiene el punto de partida de la inoculacion. Pero como notan que la sangre sífilítica no se inocula sino cuando se obra sobre anchas superficies, y no cuando la inoculacion se hace como se practica la vacunacion, tienen que suponer la existencia de la fuerza *catalítica*, en virtud de la cual la absorcion del virus vacuno favorece la del sífilítico, y he aquí como se esplican las dos diátesis.

Como para que una teoría sea admisible se necesita que explique todas las circunstancias del fenómeno; y como ellos han dicho antes que *muchas veces* se inocula impunemente el virus vacuno mezclado con la sangre sífilítica, tienen que suponer, para explicar estos hechos, la existencia de una grande *avidez de sífilis*. Se ve, pues, que segun la teoría de los Sres. Rodriguez y Dominguez, se necesitan varias condiciones para que la sífilis se pueda inocular con la vacuna: 1.^a que siendo pura la linfa vacuna, se necesita que la sangre se mezcle con ella: 2.^a que el individuo tenga *avidez de sífilis*; y por último, que la fuerza *catalítica* favorezca la absorcion del virus sífilítico.

Por no prolongar mas esta memoria, no quiero entrar en detalles ni en grandes pormenores acerca de los grados de probabilidad que tengan algunas de estas suposiciones, y básteme decir, que en cuanto á la *avidez de sífilis*, raro será el individuo que no la tenga, supuesto que son tantos los individuos sífilíticos, y que muy raros son los vacunados con virus tomado de una persona afectada de este mal, sin que la inoculacion sea positiva, segun lo demuestran los muchos hechos de sífilis vacunal. Quiero sin embargo admitir la teoría en todas sus partes; pero aun así, será necesario convenir en que tanto los Sres. Rodriguez y Dominguez, como el Sr. Iglesias y yo, admitimos la sífilis vacunal, con la diferencia que nosotros nos conformamos con denunciar el hecho sin explicar cómo se verifica, pues si alguna vez nos hemos ocupado de esto ha sido para combatir suposiciones poco probables, mientras que los Sres. Rodriguez y Dominguez nos dan una teoría mas ó menos cierta. Recuerden estos señores lo que nos dicen al terminar su memoria, es decir, las palabras que hemos tomado por epigrafe de nuestra segunda parte. "No queramos descubrir estos secretos, porque al término de nuestras indagaciones nos espera el sonrojo de nuestra impotencia: que nos baste saber apreciar los resultados, así como el químico se conforma con ver en su copa las distintas afinidades de los cuerpos."

Siguiendo el mismo consejo yo, diré: Bástenos saber que la sífilis se puede transmitir por la vacuna humanizada, y comprobados los hechos no busquemos su explicacion, ya que somos impotentes para ello: limitémonos, pues, á aceptar el único remedio, que es la vacuna animal.

Antes de concluir, permitidme, señores, diga algo sobre la posibilidad de transmitir algunas enfermedades de la vaca al hombre cuando se use de la vacuna animal. Desde luego debo advertir que luchamos con armas desiguales: nosotros objetamos á la vacuna humanizada un *hecho demostrado*, mientras que á nosotros se nos oponen *hechos probables*. Demuéstrese primeró que ha habido casos de transmision de enfermedades de la vaca al hombre, y entonces los tomaremos en consideracion. Cincuenta años de práctica en Ná-

poles han de haber dado lugar á algunos accidentes, si es que existen, pues no es de suponerse que han de haber pasado desapercibidos á los ojos de los enemigos de la vacuna animal, supuesto que allí como en todas partes existen adversarios que están pendientes de todas sus desventajas para hacerlas ver inmediatamente. Dígasenos cuáles son estos hechos, y los apreciaremos. Si seguimos caminando en el terreno de las probabilidades, no terminaremos nunca, porque volviendo nosotros el argumento, podremos suponer como posible la transmisión de otras muchas enfermedades de la especie humana.

Se nos ha dicho á veces, que usando la vacuna animal se pueden transmitir las afecciones carbonosas; pero además de que, como hemos dicho antes, no hay hechos que lo demuestren, diré que según la opinión de los veterinarios, y entre ellos el Sr. Gomez, competente en la materia, no es posible desconocer el mal, porque desde el principio los animales tienen el aspecto del sufrimiento, las orejas echadas atrás, inclinada la cabeza al suelo, mirada hundida, pelo erizo, etc.; y como por otra parte estos animales se conservan en el establo y se les observa con frecuencia, fácilmente se podría desecher aquellos que tengan el aspecto anterior y acabar así con el peligro. El mayor inconveniente que hay para admitir la vacuna humanizada, no es el simple hecho de la transmisión de la sífilis, por grave y repugnante que sea esta enfermedad, sino la gran dificultad que hay en muchos casos para reconocer su existencia, á pesar de los asertos de los Sres. Hidalgo Carpio y Muñoz; así es que muchas veces daremos la sífilis, sin haber reconocido en el vacunífero su presencia. No sucede lo mismo con la posibilidad de transmitir las enfermedades carbonosas, porque siendo fácil de reconocerlas en el individuo, fácilmente las podremos evitar.

Hay más todavía: si nos referimos á la capital, que es en donde ejercemos, se puede asegurar que será muy difícil la transmisión de las enfermedades carbonosas, supuesto que estas no se observan aquí. Mi apreciable compañero y amigo el Sr. Brassetti, me ha dicho, que en cerca de cuarenta años que su padre tiene un criadero numeroso de vacas lecheras, nunca se han observado en ellas enfermedades carbonosas. Lo que suele verse con frecuencia en esta clase de animales es la ranilla, enfermedad que tiene mucha semejanza con el tifo, como se ha asegurado el mismo Sr. Brassetti, por la observación de la enfermedad y por el estudio que ha hecho de los fenómenos anatómo-patológicos. Pero la ranilla es tan fácil de reconocer, que el vaquero mas rudo denuncia en el acto el animal enfermo: por consiguiente es muy fácil evitar el escollo.

Pero se me dirá: si es fácil reconocer estas enfermedades ya desarrolladas, no será fácil reconocerlas en su período de incubación. Señores, llevando así las cuestiones á un terreno que ciertamente no está de acuerdo con los principios de la ciencia, llegaremos siempre á oponer dificultades verdaderamente insuperables. Démúestrenos primero que estas enfermedades infecciosas y no virulentas son capaces de comunicarse en su período de incubación, y entonces tendrá valor la observación; mientras esto no sea, permítaseme decir que el argumento no tiene valor, porque no está de acuerdo con los conocimientos actuales.

Resumiendo esta parte, diré 1º que la transmisión de las enfermedades de la vaca al hombre por la vacuna animal, no pasa de una hipótesis que dista mucho de estar demostrada; y 2º que aunque existieran los hechos, sería siempre fácil evitar el mal, mientras que no sucede lo mismo con la transmisión de la sífilis por la vacuna humanizada.

Aunque con disgusto entro, señores, á tratar de un punto que es para mí repugnante.

El Sr. Muñoz ha dicho al público, que nada extraño es que se exageren los peligros de una cosa que se trata de destruir, y que se ponderen las ventajas de lo que se quiere establecer. Como á estas palabras se les puede dar una interpretacion desfavorable, creyendo que por interes personal se trata de quitar la vacuna humana para sustituirla con la animal, yo protesto enérgicamente contra semejante interpretacion, porque si yo soy partidario de la vacuna animal, es porque tales son mis convicciones y no porque tenga *interes* en su establecimiento.

El Sr. Muñoz objeta á la vacuna animal un hecho que ciertamente no le es inherente, y es el modo de recogerla. Dice que para hacer esta operacion se tiene que esprimir los granos, en cuyo caso no se tendrá el virus vacuno solo, sino mezclado con otros virus de la economía. Cree que por esta circunstancia es mas fácil que se fermente la vacuna animal conservada en tubos, que la de brazo á brazo. Sea lo que fuere de esta supuesta fermentacion, siempre será necesario convenir en que esta objecion no es de tal naturaleza que destruya las ventajas de la vacuna animal, supuesto que todo queda remediado con modificar el procedimiento y no esprimir el grano.

Así lo practican ya Mr. Warlomont, de Bélgica, y otras muchas personas, y esto lo hacen con el objeto de que el virus sea mas puro y la inoculación surta mejor. Por otra parte, en la vacuna de brazo á brazo habrá el mismo inconveniente, siempre que para recoger el virus se desgarré el grano como se hace con frecuencia.

He querido examinar con el microscopio el virus vacuno, tal como lo recoge el Sr. Iglesias. No he encontrado en él ni un solo glóbulo de pus ó de sangre. Es un líquido homogéneo y perfectamente puro: se encuentran en él algunas de las celdillas granulosas que describe Kéber, pero se ven mejor las granulaciones; las mas de ellas son arredondadas, pero hay otras que tienen formas caprichosas; son transparentes, sus bordes bien marcados, y mucho mas pequeñas que los glóbulos de la sangre. Se encuentran tambien núcleos sumamente pequeños. Como elemento heterogéneo, no encontré mas que una ú otra lámina epidérmica. Creó que lo mismo ha de suceder con la vacuna humanizada, supuesto que para tomar el virus se tiene que desgarrar la epidermis, y por consiguiente no es extraño que se mezclen con la linfa algunas de sus celdillas. ¿La inoculacion de estas celdillas podrá traer consigo la tuberculosis, como resulta de las esperiencias de Gimber, Villemin, Colin, etc.? No lo creo, porque los hechos demuestran lo contrario, y porque en las esperiencias se ha inoculado bajo la piel y no bajo la epidermis, y la cantidad de epiteliúm ú otros cuerpos extraños que se han inoculado ha sido muy superior á la que se puede inocular aquí. Parece que para que la tuberculosis se produzca, es necesario que se implanten las celdillas en un tejido heterogéneo, mientras que en el caso presente va la lámina epidérmica á su propio terreno.

Para concluir, diré algo al Sr. Lavista. En su interesante memoria que nos leyó en la sesion pasada, se ocupa primero de distinguir el sentido de estas dos frases: *inoculacion de la sífilis por la vacuna* é *inoculacion con la vacuna*. En el primer caso dice: "Se entiende que existen juntos el virus vacuno y el sífilítico, y que la lanceta, perfectamente limpia, los toma á la vez, de manera que es inevitable la inoculación de los dos virus." Haciendo uso de la segunda frase, se deja entender que el virus vacuno existia puro, pero que, al ino-

cularlo se inocula á la vez el virus sífilítico, que puede existir accidentalmente por la mezcla de la sangre con el virus vacuno, ó porque la lanceta estuviera accidentalmente sucia. Habiendo explicado la tecnología, dice que él admite que la sífilis se puede transmitir con la vacuna pero no por la vacuna.

No quiero seguir paso á paso su disertación, porque esto me llevaría muy lejos y temo cansar ya á los señores que me escuchan, pero examinaré rápidamente sus principales argumentos. Combate primero la idea de que el virus sífilítico exista mezclado con el vacuno, y para hacerlo se funda, en que por mucha que sea la analogía de composición que hay entre la linfa de la vacuna y la serosidad ó plasma de la sangre, no se infiere necesariamente que aquella contenga todos los elementos de ésta. Todos los productos de secreción, dice, emanan del plasma de la sangre, y sin embargo todos difieren en composición, habiendo en muchos de ellos principios que no existen en el suero de la sangre. Hace ver que si el virus sífilítico existiera en todos los productos del plasma, todos los líquidos de secreción lo contendrían. Demuestra en seguida, que la mayor parte de estos productos no son capaces de transmitir la sífilis, y que aunque muchos creen que el semen puede, fecundando un huevo, dar un producto infecto de sífilis, y que la leche que nutre á algunos niños puede á su vez transmitir la enfermedad, él no cree que esto pase así, y sobre todo puede asegurar, que inoculando el semen ó la leche no se produce la infección sífilítica.

Dejaré á un lado cuestiones que no tienen que ver con la presente, y solo me limitaré á decir al Sr. Lavista, que no hay paridad entre los productos de secreción y la serosidad que llena la pústula de la vacuna. Al formarse las primeras, tiene la sangre que atravesar la organización especial de cada glándula, sufre en ella muchas modificaciones, cede algunos de sus principios componentes y adquiere otros que se habían formado allí. Al llegar á las primeras ramificaciones de las canales secretores, arrastra consigo una multitud de pequeñas celdillas que hacen allí el oficio de epiteliun, y todas estas alteraciones comunican á dichos líquidos propiedades especiales. Nada análogo pasa en el grano vacuno, por lo que se puede decir, que no habiendo paridad en los casos, la consecuencia no puede ser legítima. Habrá fenómenos más ó menos maravillosos en la formación del boton vacunal, pero ciertamente no hay nada que se parezca á las secreciones, por lo que la cuestión queda en pie.

Supone el Sr. Lavista, que en algunos de los casos que se han dado como de sífilis vacunal, puede haber pasado lo siguiente: Un niño afectado de sífilis hereditaria ó curado de este mal, puede ser vacunado sin tener entonces ningún síntoma que nos revele el germen que lleva consigo. La evolución de la vacuna, favoreciendo el desarrollo de los primeros síntomas ó su reaparición, podrá mas tarde hacer creer que la vacuna fué la causa ó el origen de la sífilis.

El hecho es posible y no se lo niego al Sr. Lavista; pero le suplico que nos diga si de esta manera se podría explicar el gran número de sífilíticos que ha habido despues de algunas vacunaciones. ¿Será creíble que la casualidad haya llevado á vacunar de un vacunífero sífilítico, á tantos individuos encontrándose en el caso que se ha supuesto?

Duda el Sr. Lavista que pueda transmitir la sífilis un vacunífero que tiene el mal por herencia, y en el cual no se han desarrollado todavia los primeros accidentes, y se pregunta ¿si será transmisible la sífilis que se encuentra en su período de incubación? Bajo este punto de

vista yo le haré notar, que aunque parece en teoría, que la razon se opone á admitir esta posibilidad, la práctica, que es mas elocuente que el raciocinio, nos enseña lo contrario. Reflexione ademas el Sr. Lavista, que todos los sifilógrafos están de acuerdo en admitir, que la evolucion y leyes de la sífilis hereditaria difieren mucho de la contraida de una manera directa. Siendo esto así ¿qué tiene de extraño que las propiedades de la sífilis hereditaria no sean iguales á las de la sífilis comun, y que se verifique en una lo que parece imposible en la otra?

Por otra parte, ¿no ha supuesto el Sr. Lavista, deseando explicar algunos casos de sífilis vacunal, que la evolucion de la vacuna puede apresurar la aparición de los primeros accidentes sifilíticos? Luego si quiere ser consecuente con sus principios, tiene que admitir como muy probable, que un vacunifero con sífilis hereditaria no manifiesta, puede, por el hecho solo de estar vacunado, apresurar la aparición de los primeros síntomas de la sífilis; y si éstos empiezan por el accidente que ya existe, es decir, por el grano, ¿no seria ya muy natural la explicación de la sífilis vacunal?

Pasa despues el Sr. Lavista á examinar de una en una las observaciones de sífilis vacunal que ha citado el Sr. Iglesias, tomándolas de Mr. Depaul. La respuesta á cada una de ellas la toma el Sr. Lavista de Mr. Viennois. No queriendo detenerme en cada observacion, examinaré en conjunto las objeciones que les ha hecho; pero antes de proceder á ello, debo advertir al Sr. Lavista, que para que su trabajo hubiera sido completo y llenara debidamente su objeto, necesitaba destruir todas las observaciones de sífilis vacunal que la ciencia posee, y no limitarse á combatir las que se presentaron solo como una muestra, porque podrá suceder muy bien que algunas observaciones estén incompletas ó sean defectuosas; pero siempre que quede una sola en pie, ésta bastará para mantener el hecho de una manera indestructible.

Las objeciones hechas se pueden reducir á las siguientes: 1.^a En algunas observaciones no se enumeran con exactitud el número de vacuniferos ó el de vacunados. 2.^a A algunas les faltan pormenores. 3.^a No todos los vacunados eran necesariamente infectados, siendo de advertir que en muchos casos los primeros que se vacunaban no eran atacados de la sífilis, mientras que los últimos sí lo eran. 4.^a La lanceta podia estar sucia. 5.^a No se dice si el virus vacuno estaba mezclado con sangre.

En cuanto á la primera objecion, es preciso convenir en que por mucho que arguya poca exactitud, no afecta al hecho en su esencia, y que cualquiera que haya sido el motivo de la poca exactitud, no por eso dejan de ser ciertos los hechos positivos que se observaron.

La segunda objecion se hace consistir en la falta de pormenores. Yo desearia que el Sr. Lavista fuera mas explícito y nos dijera cuáles son los detalles que faltan para la claridad del hecho, porque entre los pormenores hay algunos necesarios para aclarar la observacion, y otros muchos que tienen muy poca importancia para el objeto. Cuando el Sr. Lavista se haya tomado este trabajo, podremos apreciar el valor de las faltas que se denuncian. Mientras tanto pasemos á examinar la tercera objecion, que es una de las mas importantes.

No todos los vacunados con el virus tomado de un individuo sifilítico eran necesariamente infectados. Siendo de notarse ademas, que muchas veces se observaba que los que primero se vacunaban no tenían mas que la vacuna, mientras que los que se vacunaban despues tenían la vacuna y despues la sífilis. Esta última circunstancia hace muy probable la opinion de que no es el virus vacuno puro el que transmite la sífilis, sino la sangre que

se derrama en el grano cuando éste se ha destrozado por algún punto, sucediendo entonces que la sífilis se transmite *con la vacuna* y no *por la vacuna*. Como se ve, en esta objecion está comprendida la quinta, que así como sigue: “No se dice si el virus vacuno estaba mezclado con sangre.” Por consiguiente al ocuparme de una me ocupó de la otra.

Para proceder por partes y con algún orden, diré, que aunque en muchos casos ha sucedido que todos los vacunados con virus tomado de un sífilítico han sido infectados, necesariamente tambien ha sucedido á veces que ha habido un número mayor ó menor de escepciones. ¿Pero qué pueden los hechos negativos por numerosos que sean contra los positivos? ¿No es cierto que hay individuos refractarios á la sífilis, y que deben tomarse en consideracion por pocos que éstos sean? ¿No es cierto tambien, que las afecciones virulentas no se doblan y que no se ha hecho mérito de esta circunstancia? Los individuos, en los casos, á que nos referimos, ¿no podrán ser ó individuos refractarios, ó ya afectados de sífilis por la herencia, ó de cualquiera otra manera? Demuéstrase que no ha sido así, y entonces la objecion tendrá el valor que le dan sus autores.

Pero se me dirá: ¿será creible que la casualidad haya hecho reunir á los individuos refractarios y á los ya infectados para ser vacunados los primeros? Señores, permitidme que os diga, qué siendo Mr. Viennois lo que esto dice, y no las personas que han recogido las observaciones, dude de la exactitud del aserto. Es verdad que no tengo motivo para desconfiar de Mr. Viennois, pero tampoco lo tengo para dudar de la exactitud de los observadores, ni de Mr. Depaul que estrató las observaciones. No habiendo motivo para sospéchar de ninguno de éstos señores, permanezco en la duda hasta nuevas aclaraciones, y mientras tanto, admito que los individuos no infectados fueron vacunados indiferentemente unos primeros y otros despues de los infectados, á pesar de que, como veremos en seguida, la presencia de la sangre en la linfa vacuna no altera la cuestión en su fondo. Ademas hay una observacion, la del Dr. Adelacio, en la cual los hechos pasaron de distinto modo de como los ponen el Dr. Viennois y el Sr. Lavista. En esta observacion, los cinco individuos que se vacunaron primero fueron los infectados, mientras que el último quedó ileso. Se vé, pues, que no siempre sucede lo que asienta el Sr. Lavista, á saber: que los individuos infectados son los que se vacunan al último, por ser entonces cuando generalmente la sangre se mezcla con el virus vacuno.

El Sr. Lavista, como todos los que nos combaten, admiten que la linfa vacuna pura no contiene nunca el virus sífilítico, y que sus propiedades infectantes las toma, (cuando suele tenerlas) de la sangre que accidentalmente se le mezcla. Son, pues, ciegos partidarios de las ideas de Mr. Viennois. Contr estas ideas puedo citar, entre otras, la opinion de Mr. Langlebert y la muy respetable de Mr. Ricord. Este eminente sífilógrafo ha dicho en el discurso que pronunció en la Academia de Medicina de Paris, en la sesion del dia 10 de Enero de 1865, lo que sigue: “Desde hace algún tiempo se trata de averiguar si es contagiosa la sangre de los vacuníferos sífilíticos; y si no lo es la linfa encerrada en sus botones de vacuna; pero cuando menos, es singular que en estas circunstancias la sangre sea contagiosa, y que sean inocentes las pústulas de la vacuna como si le fueran enteramente extrañas. Hago pues á un lado esta inmunidad incierta de la linfa vacuna: esta es una cuestión que está por estudiar.....”

Por otra parte, ¿no está demostrado por todos los que se han ocupado de esta materia, que la sangre sífilítica solo se inocula cuando se obra sobre muy anchas superficies, y cuando se han tomado muchas precauciones para evitar su coagulación, su enfriamiento, etc.? ¿Pues cómo se quiere, en vista de estas condiciones, que una poca de sangre mezclada á la linfa vacuna, y obrando sobre tan pequeñas superficies, inoculara casi indefectiblemente al vacunado en estas circunstancias? No sería este resultado diametralmente opuesto á las esperiencias ya citadas? Mi apreciable amigo y compañero el Dr. Dominguez, con un desprendimiento digno de mejor causa, se ha inoculado en el brazo la sangre de un individuo evidentemente sífilítico, y en el cual el tratamiento apenas empezaba: la inoculación se hizo por el procedimiento que se sigue al vacunar. El tiempo nos dirá el resultado de esta atrevida esperiencia. Desde la inoculación hasta la fecha han transecurrido ya cinco meses, y hasta ahora no ha tenido el referido Sr. Rodriguez ningun accidente ni local ni general.

Por otra parte, si la sangre tuviera la propiedad contagiosa en un grado tan marcado como lo suponen el Sr. Lavista y otros muchos de los que piensan como él, yo pregunto: ¿qué cirujano dejaría de estar sífilítico? porque ¿qué cirujano habrá dejado de operar á un individuo afectado de este mal? Si la sangre sífilítica tuviera un poder virulento como el que se le supone, el cual debe ser si no superior cuando menos igual al del virus del chancre infectante, supuesto que se inocularan casi todos los individuos que se vacunan, ¿qué cirujano quedaria libre de la infeccion? Porque á nadie le falta una ligera escoriacion en los dedos ó en el resto de la mano, y acostumbramos tomar algunas precauciones cuando vamos á introducir un dedo en una vagina sospechosa ó en casos análogos, pero no cuando vamos á hacer una operacion sangrienta. Si para inocular la sífilis fuera suficiente que la lanceta hubiera sido impregnada antes en sangre sífilítica, ¿por qué solo se ha hablado de la sífilis vacunal y nunca se ha hecho mencion de sífilis por la sangría ó por otra operacion cualquiera? ¿Será posible que para vacunar se haya usado con frecuencia de lancetas sucias, mientras que para sangrar ó hacer otras operaciones no haya sucedido lo mismo?

De todo lo dicho se infiere, señores, que la sangre sífilítica no puede tener la virulencia que se le supone; y si siendo esto así se insiste todavia, por tales ó cuales razones, en admitir que la linfa vacuna pura no es inoculable, pero que sí lo es cuando está mezclada con sangre, será preciso admitir con los Sres. Rodriguez y Dominguez, que hay una fuerza *catálítica* en virtud de la cual el virus vacuno favorece la absorcion del sífilítico que se encuentra en la sangre. Pero en este caso será necesario convenir, en que para que la infeccion se haga se necesita absolutamente la presencia de la vacuna, y entonces la infeccion se hará *por la vacuna* y no *con la vacuna*. Entonces sucederá tambien, que para evitar con seguridad la infeccion sífilítica no habrá otro medio que recurrir á la vacuna animal.

La última objecion de que me debí ocupar es la cuarta, en la que supone que la lanceta podia estar impregnada de virus sífilítico; pero lo que he dicho á los Sres. Rodriguez y Dominguez acerca de esta suposicion gratuita, me dispensa de entrar en mas pormenores.

Señores, con la cuestion de qué se ocupa actualmente la Sociedad, está pasando lo que en otra época pasó respecto de la inoculabilidad de los accidentes secundarios. Se tenia como una verdad incontrovertible la doctrina de Mr. Ricord, y antes que poner en duda la exactitud de sus leyes, se preferia interpretar violentamente los hechos, y no se vacilaba en darles las esplicaciones mas absurdas. Por inteligente que fuera la persona que recogia la

observacion, y por grande que fuera su esmero en redactarla, procurando cerrar todas las puertas á las interpretaciones, no faltaban objeciones y evasivas para huir de la luz y no confesar la inexactitud de las supuestas leyes. Lo mismo está pasando entre nosotros: hay tanta repugnancia en confesar que un virus puede estar mezclado con otro en la economía, que los hechos que demuestran lo contrario, ó se les toma por apócrifos ó se les dan interpretaciones violentas y aun absurdas. Pero así como el tiempo vino á dar la razon á la experiencia sobre la teoría, cuando se trataba del contagio de los accidentes secundarios, así el tiempo vendrá á demostrar que realmente la sífilis se puede transmitir *por la vacuna*.

Nada, señores, es mas elocuente, y nada nos traza mejor el camino que debemos seguir, como la conducta de un hombre de juicio cuando toma una determinacion despues de serias meditaciones. Pongamos á cualquiera de mis contradictores amagados de una fuerte epidemia de viruelas; encerrémoslo en una pieza con un hijo suyo no vacunado, y pongámosle á su disposicion una ternera sana y un muchacho sífilítico, teniendo cada uno su pístula de vacuna. Dejémosle entregado á sí mismo para que medite á solas, y no tardará en inclinarse delante de la ternera para tomar su virus é ingertarlo en el brazo de su hijo, proclamando así el triunfo de la vacuna animal.

México, Agosto 19 de 1868. En el día de hoy se celebró en la ciudad de México una sesión pública de la Academia de Medicina y Fisiología, en la que se leyó un trabajo del Sr. Dr. M. CARMONA Y VALLE, que trata de la vacuna animal, y en el que se propone la siguiente resolución: "Se acuerda que se abra un curso de vacunación animal en el Hospital de San Juan de Dios, para que los médicos y cirujanos de esta ciudad puedan adquirir conocimientos prácticos en esta materia."

TERAPEUTICA.

JUICIO CRÍTICO SOBRE EL TRATAMIENTO DEL CRUP POR LAS INHALACIONES DE LOS VAPORES HÚMEDOS DE SULFURO DE MERCURIO. En los números 34, 37, 38 y 39 de la Gaceta Médica de París, correspondiente al año pasado de 1867, se lee una memoria remitida por Mr. Abeille (1) á la Academia de Ciencias de aquella ciudad, cuyo título es: *Tratamiento del crup por las inhalaciones de vapores húmedos de sulfuro de mercurio*. El autor se propone probar que dichas inhalaciones son un remedio eficaz contra tan terrible enfermedad, y muy superior á todos los recomendados, como el calomelano al interior, las fricciones mercuriales al cuello, las cauterizaciones, inyecciones é insufflaciones en la laringe con el nitrato de plata, el alumbre, etc., y por fin, á la traqueotomía.

Sobre los medios que son puramente locales, hace la reflexión, tal vez justa, de que siendo el crup una enfermedad general, no debieran intentarse solos ni pueden tener grande eficacia, sino se combinan con otros remedios que actúen sobre la economía entera. Pero no solamente emplea los vapores húmedos que llama de mercurio en todos sus enfermos de crup, sino que al mismo tiempo los hace vomitar repetidas veces con la ipecacuana, y tiene mucho cuidado de que sean alimentados.

Antes de comenzar el tratamiento con los vapores húmedos de mercurio, el autor recomienda que se administren al niño algunos remedios que actúen sobre la economía entera, como el calomelano al interior, las fricciones mercuriales al cuello, las cauterizaciones, inyecciones é insufflaciones en la laringe con el nitrato de plata, el alumbre, etc., y por fin, á la traqueotomía.